

## Guillermo Abadía M. Integración de una Cultura Mulata en Colombia

Dos zonas del territorio colombiano presentan en la actualidad un fenómeno de integración cultural del mulataje: la del Litoral Atlántico que cubre los departamentos de Magdalena, Atlántico, Bolívar y Córdoba, zona encerrada entre el mar, por el norte, y las barreras de la Cordillera por el sur, y la del Litoral Pacífico que cubre los departamentos de Chocó, en su totalidad, y la parte occidental del Valle, Cauca y Nariño; ésta se extiende en una ancha faja encerrada por el mar en el lado occidental y las primeras estribaciones de la cordillera occidental, del lado opuesto. Se excluyen de una y otra zonas todos los núcleos de población nativa aborígenes, que, a pesar de vivir en regiones aledañas a las de población negra y mulata, tienen un ámbito cultural totalmente diferente.

La inmigración africana correspondió a cuatro de los grupos culturales de la clasificación de Herskovits y fueron éstos: Zona *Desértica* (Senegal y Berberí principalmente); Zona del *Sudán Occidental* (Balanta, Bambara, Mandinga, Biáfara, Yolofo, Kambia, Baol, Bagnon y Soso); Zona de la *Costa de Guinea* (Guineo, Yoruba, Yalunka, Kalabari, Mende, Arara, Ibo, Bran, Assanti, Fanti, Benin, Edo, Popo, Ken y Bulón) y Zona del *Congo* (Angola, Congo, Bantú, Lunda y Chokwe).

La composición demográfica de la Zona del Litoral Atlántico colombiano está mucho más homogenizada y se observa ya un mulataje firmemente definido y aun ciertos escasos grupos de zambaje (mezcla de indígenas con negros). Se exceptuarían núcleos mínimos como el de los negros del Palenque de San Basilio (cerca de Cartagena de Indias) que se mantienen puros y aislados (modalidad cultural del "lumbalú").

---

NOTA: El autor es Director del Centro de Estudios Folklóricos de la Facultad de Arte, Universidad Nacional y Secretario de la Junta Nacional de Folklore. Acaba de publicar el "Compendio General del Folklore Colombiano".

La composición demográfica de la Zona del Litoral Pacífico colombiano está mucho menos definida y el predominio del tipo africano es notorio. La mezcla con nativos no existe en la práctica, dado el carácter tan disímil de las dos razas. El indio desprecia al negro y el negro odia al indio. Dos barreras detienen también a indios y negros manteniéndolos marginados del interior del país: los indios en salvaguarda de su libertad no salen de su ámbito actual; los negros tampoco sobrepasan la costa húmeda y cálida, baja, indispensable para su supervivencia. En zonas altas, secas y frías el negro muere. El indio, completamente adaptado a su medio nativo, ocupa costas, valles o cordilleras indistintamente.

En la zona del litoral norte, menos húmeda y cenagosa que la del Pacífico, el blanco se ha adaptado fácilmente y ello explica el mulataje tan definido en su demografía. Igualmente condiciona la amalgama cultural en que ciertas supervivencias africanas se interpolan a las expresiones de cultura europea, foráneas también. Si existen esporádicamente en los núcleos urbanos las formas universalizadas de la cultura, de que son huéspedes individuos contados de la población mestiza y mulata, el estadio general cultural del conglomerado es la etapa *folklórica*, vale decir, una paulatina integración de las formas civilizadas a la tradición vernácula, nativa para los indios o de supervivencias africanas para los negros.

Pasando revista a esta categoría folklórica del magma social, nos hallamos con expresiones muy características de las diversas ramas del saber popular. En el folklore literario hallamos un *habla* popular pobre en léxico pero que suple esta deficiencia con giros castellanos a veces sorprendentes por su casticismo y con regionalismos de gran colorido y fuerza expresiva, acentuados por el dejo regional. Estos se hacen patentes, como es obvio, en la *narrativa* y algunas formas *paramiográficas*. En el *Coplerío* abunda el género de los relatos o trovas, en que el cantador popular ha establecido la crónica viva de los sucesos locales, tal cual lo hicieran los antiguos troveros y juglares. "Paseos" y "merengues" vallenatos (de la región de Valledupar, Magdalena, principalmente) constituyen esta crónica social en que compiten en duelos cantados llamados "piquerías" los diferentes trovadores populares. Los textos de estos cantos son producto de la imaginación de estos payadores y "decimeros". Otra forma expresiva del coplerío está representada por los "cantos de labores" y "cantos de va-

quería”, muy frecuentes en esta zona norte. Uno de los cantos más originales es la “zafra”, canción de cosechas y a veces canto funeral. En ella, el nombre mismo señala su origen morisco y en la ejecución se hacen notorios los arabescos de la voz que nos recuerdan el “cante-jondo” y los melismas que la acercan curiosamente al “yodel” suizo. El decimerío se usa indistintamente en lo sagrado y en lo profano: en cantos de Navidad, en *Mamfulorios* o velatorios y en piquerías de *paseos* o *sónes*. La forma retórica no cumple las características de la décima clásica y en la popular se limita a la conjugación de diez versos, más o menos libres.

En el Folklore musical hallamos una doble influencia melódica: la de los grupos indígenas nativos que aportaron muchos de los instrumentos melódicos que usa el mulataje (flautas verticales llamadas “gaitas”, flautas traveseras como la “caña-de-millo”, etc.) y con ellos los aires y tonadas que intervienen en muchas de sus estructuras musicales más representativas (Cumbia y sus variantes) y la de los grupos europeos inmigrantes que aportaron instrumentos como el acordeón, hoy básico en los “paseos” y *sónes*, y supervivencias hispanas notorias en los cantos de vaquería, de labor, etc., especialmente en su aspecto melódico. El aporte *rítmico* del elemento africano (tambores en numerosas variedades) establece un predominio muy destacado en toda la música de este litoral. Cumbias, Mapalés, Bullerengues, Porros, Paseos y Merengues destacan la fuerza rítmica marcada por el numeroso instrumental negro de percusión.

En el Folklore coreográfico, antes que la vigencia de danzas aborígenes que hoy están limitadas a ciertos juegos y coreografías lúdicas usadas en el Carnaval, aparece en toda su fuerza la dinámica negra de caracteres rituales y predominio alvino en su estereometría: las danzas sexuales imponen su virtualidad en el ambiente del trópico. Ninguna de las formas musicales o coreográficas de la zona andina recibe acogida en el temperamento sensual del mulato, amigo de los ritmos violentos. Los trajes que acompañan a las danzas, así como la parafernalia de las mismas, pueden considerarse por dos aspectos: el semidesnudo masculino en las Cumbiambas, Bullerengues, Mapalés y repertorio de los fandangos, en los que el atuendo vestuario del hombre está limitado a un pantalón de pescador, de tela burda, y como atributo un machete al cinto, ocasionalmente; en la mujer consta de amplias polleras con faralaes, mangas, collares, pañuelos, pedrería, flo-

res y joyas finas o falsas abundantes (recuerdo de los trajes que las amas blancas les prestaban para la celebración de los festivales de Cabildos, de Mandinga, Carabalí, Congo y Mina) en competencia de riqueza y suntuosidad. Este atuendo no resulta funcional en el ardiente clima de la costa tropical pero es una supervivencia histórica que incide en el folklore regional. En las danzas de Carnaval el mestizaje ha adoptado como tradición indudablemente hispana los trajes ceremoniales de tipo colonial, cortesanos, y los atributos que corresponden a la simbolización de espadas, coronas, cetros, mantos, etc., y que han tomado fuerte incremento en los festivales de Turismo de esta zona, manifestándose hoy todavía en reinados, coronaciones, carrozas alegóricas y demás trasuntos de la época colonial a que son muy aficionados los negros por su atávico respeto a las jerarquías sociales y los mulatos, octavones y puchuelos por asimilarse a las castas blancas y gloriarse con ellas de su nobleza convencional. Los atributos o elementos de parafernalia usados en las danzas de carnaval, fuera de los ya nombrados como de tipo "reminiscencia cortesana", son las máscaras numerosísimas (zoomorfas, ornitomorfas en especial y demonológicas) ya de influencia indígena o bien africana.

En el folklore Demosófico tiene el capítulo de las *Supercherías* un inmenso arsenal de manifestaciones: creencias mágicas, hechicerías, usos, oraciones, bebedizos y prácticas misteriosas heredadas por triple línea: del atavismo hispano tan abundante en augurios y milagros, del indígena, riquísimo en Mitos y formas panteístas, y del africano, superabundante en maleficios y hechizos. En el renglón de Vivienda y Artesanías no se destacan estos núcleos humanos, pues su vivienda está reducida a la habitación de tipo palustre, funcional en su vida de pueblos pescadores, o bien a la adopción de vivienda de tipo europeo en las zonas urbanas. La manufactura típica regional carece de casi todas las formas que son copioso arsenal en los grupos indios; no poseen una *cerámica*, orfebrería, alfarería, hilandería notorias; sus labores están limitadas en este campo artesanal a la confección de *canoas*, remos, redes y algunos instrumentos de música anotados ya, escasa oploteca bélica, de caza o pesca, mínimo instrumental de labranza porque no son agrícolas, y escasas muestras de tejeduría de sombreros de palma y hojas y bolsos de fique. La culinaria presenta alguna variedad de características señaladas; la bromatología no es abundante y está muy afectada por los usos del interior del país.

En la zona del Litoral occidental o del Pacífico, regiones con predominio de costa baja, cenagosa, de reciente formación y en su mayor parte de formación actual (que contrastan con sistemas de montañas como el de la Serranía del Baudó que tiene la formación geológica más antigua de Suramérica) los núcleos humanos predominantemente negros puros y en un estadio inicial de mulataje sólo notorio en la región del Chocó, presentan algunas manifestaciones culturales muy curiosas. El aislamiento y difícil acceso de los valles del Atrato y el San Juan, húmedos en extremo y con una precipitación pluvial y un aguaje desmesurado (el más alto del Nuevo Mundo) han servido para que muchas formas de transculturación hispana de la época de la Conquista-colonia se mantengan hoy latentes, a tiempo de que han desaparecido en su país de origen. Cantos y danzas arcaicos que tienen uso en los festejos de la región, modificados obviamente por las modalidades especiales del temperamento del negro, señalan esta supervivencia rotunda. En algunas danzas como la del Makerule, tal vez la más arcaica, se injertan estereometrías españolas de danza cortesana con rituales africanos.

El folklore literario de esta zona tiene sus representantes en las formas de los *Romances* a lo profano y a lo sagrado, *Alabaos*, *salves*, *villancicos*, *arrullos*, etc y ciertas formas del Copleo que se dividen en tres clases: una originaria regional con temática local que es la más reducida, una copiada del copleo del interior, que es la más abundante, y una transculturada de los países del Sur, principalmente de Brasil y Chile (la "caramba", la "agua de caña" que es la "agua-de-canha" o agua de caña o guarapo brasilera) llegada por el camino de los puertos de mar

Capítulo especial ocupa en esta zona el folklore *Lúdico*, abundante y original; desde los Chigualos o Bundes, cantos para funebria infantil que se ejecutan con acompañamiento de juguetes coreográficos y que reciben muchos nombres particulares: el Chocolate, el Trapicherito, la Canoa Paula, la Margarita Patiana, el Punto, el Florón, etc, y que son sin duda reminiscencias de lúdica hispánica desaparecida ya en la Península pero incorporados a la música africana del Bunde (que es canto y danza actuales en Sierra Leona, Guinea Inglesa).

En el género de la Narrativa hay variadas leyendas genéticas, cuentos y fábulas que están bien caracterizadas como expresiones del

mulataje, pues coordinan temáticas europeas con expresión original negra. El *habla* de esta zona está limitada a un léxico español adaptado a la fonética negra y a un sinnúmero de voces africanas de varios dialectos, modificadas ya en parte por la aculturación de varios siglos. Algunas voces de las lenguas indígenas colaterales (Emberá, Noanamá) aparecen a veces en el léxico, puras o bien ligeramente modificadas como en el caso de la voz “patakorá” que es “plátano” en lengua Emberá y que los negros hicieron “patacoré” para designar un canto y danza.

El renglón de la Paremiografía —como en la zona norte— se limita a la adaptación de las formas usuales en el interior del país con ligeras modificaciones de ambiente (fitonimias, zoonimias, toponimias, etc.).

En el folklore *musical* observamos un fenómeno inherente a la música negra: el predominio de los membranófonos e idiófonos de percusión y la ausencia casi absoluta de aerófonos. Sólo ocasionalmente se valen de las flautas y silbatos indígenas, por razón de colindancia con tribus nativas, o del arsenal organológico moderno en los centros urbanos. La *Marimba* india, derivada de Guatemala y Méjico, ocupa lugar preeminente en el instrumental adoptado por los negros de esta costa. Elemento valiosísimo que por medio de un mecanismo que asocia tubos aerófonos a tablillas de percusión, suministra un artefacto melódico que era tan necesario en este caso y que —por ello— a tiempo de que los núcleos indígenas, ricos en aerófonos, lo han abandonado, negros y mulatos lo han hecho imprescindible en sus conjuntos típicos con la aceptación incondicional que tienen los instrumentos de percusión entre ellos. Este xilófono primitivo es pues el centro de interés de los conjuntos del *Currulao* auténtico, tonada-base que informa la casi totalidad de los aires del Pacífico colombiano. No debe confundirse por un momento la Marimba de “chonta”, guatemalteca, mejicana y colombiana, con la marimba africana que es un tambor en forma de tonel, ni con la “marímbula”, africana también, que es un hidrófono hecho a base de once calabazos que contienen agua a diversos niveles y que se golpean con una baqueta. En los conjuntos del *Currulao* y sus variedades se usa la marimba, asociada a dos tambores indios, los *Cununos*, cuyo nombre quéchua es la onomatopeya del trueno y que dieron, posiblemente, su nombre al aire *currulao*, derivándolo de “cununao”, corruptela de “cununado”, esto es, acompañado

de cununos. A este trío se suman dos bombos o tamboras negres y varios "guasás", idiófonos de sacudimiento muy semejantes al "chuchcho" o alfandoque indio pero no con rejillas en los extremos del tubo sino cerrado en ambas bocas. En este conjunto instrumental se ejecutan las diversas formas del Currulao denominadas Patacoré, Berejú, Pango, Makerule, Aguabajo, Bunde o Chigualo y otros cantos ya mencionados en el Folklore literario. Estos cantos en su mayoría se ejecutan en juego de dos voces que establecen el diálogo entre las coplas y el estribillo, característica que se llama "Juga" (corruptela de Fuga). Aún muchas de las formas aculturadas de España colonial sobrevivientes en esta zona, se acompañan del instrumental mencionado aunque sea mucho más frecuente la preferencia dada al de los conjuntos urbanos aculturados también y basados en instrumental de banda pueblerina (clarinete, fliscorno barítono, platillos de hierro y tamboras, etc.).

El folklore *coreográfico* está circunscrito a dos modalidades: la auténtica que comprende las danzas del género currulao, y la aculturada que agrupa todas las de tradición colonial: Jota (careada, sangrienta, por menor, etc.) la Contradanza, la Polka, la Mazurka, el Pasacalle, etc., en las que permanecen los esquémas de la coreografía europea, modificados por la fuerte influencia de la estereometría negra. En esta zona están ausentes las danzas de Carnaval vistas en la zona norte y las danzas mímicas zoomorfas, con excepción del "gallinazo", símil de una cúpula ornitomorfa. En cambio la Lúdica es abundante como ya quedó mencionado.

El *atuendo vestuario* y la parafernalia son prácticamente nulos en una población semidesnuda y de extrema pobreza. Sólo en los centros urbanos o suburbanos se ven los trajes del interior del país adaptados al clima y reducidos a un mínimo indispensable, más aún que en el litoral norte. Con todo, Currulao y Makerule atienden más a su forma coreográfica que al atuendo; en ciertas versiones del Makerule, empero, aparece un vestuario adaptado para drama coreográfico y corresponde al atavio cortesano arcaico.

El folklore *demosófico* no reviste características muy destacadas en razón de lo reciente de la integración cultural mulata del Pacífico. La vivienda sigue el modelo indígena del habitáculo palustre que es un cobertizo simple con techo de hojas de palma, entarimado de guadua (Bambusa americana) sobre estacadas y horcones de Chonta (G. gasipaes). La alimentación de los núcleos selváticos y suburbanos está

limitadísima: frutos de la chonta, del árbol del pan, ñame, algún pescado y ostiones de "piangua"; en los centros urbanos se usa la alimentación habitual según las posibilidades de las gentes. La Artesanía es escasa y pobre y no contempla los renglones básicos de la Cerámica y Cestería primitiva; los hilados y tejidos no tienen expresión válida, la orfebrería se limita a una tradición casi perdida que apenas conserva supervivencia en la región del río Patía y otros ríos costeros como el Micay y el Saija. La fabricación de canoas y artefactos domésticos, remos, redes, tampoco abunda y en sombrerería sólo merecen destacarse los sombreros vegetales de "bonía" del río Yurumanguí, de muy original factura y vistoso acabado pero de escasa producción. Culinaria y bromatología típicas regionales no tienen expresiones valederas. El capítulo de las Supercherías y prácticas mágicas es tan abundante como en la zona norte; posee semejantes características de formación. En los usos y costumbres se conjugan los ancestrales negros, cada vez más limitados con la aculturación europea que ha llevado una línea ascendente desde la Colonia hasta hoy, cuando las influencias del interior y los contactos cada vez más directos con la civilización contemporánea se hacen dominantes; por ejemplo, resulta frecuente observar a negros y mulatos que rezan el rosario católico y simultáneamente rezan al "monicongo" africano o practican ensalmos de maleficio. Llevan el escapulario de la Virgen del Carmen al lado de los amuletos de madera oriundos de la Senegambia. Es muy notoria la tendencia del negro y del mulato a aceptar la pluralidad de cultos que se acerquen al fetichismo atávico africano y le sirvan para reestructurar sus antiguas prácticas idolátricas. Así el culto a los Santos católicos, con aplicación de su poder como abogados para diferentes necesidades, le satisface más que la forma pura del fervor hacia el Espíritu Santo o el amor al prójimo en Jesucristo.

En el renglón de los Mitos y leyendas, la mayor parte es de tipo antropogenético y en ellas el negro trata de reivindicar su complejo racial; unas se refieren al fatalismo determinista de la raza negra y otras a la búsqueda de expedientes que le sirvan para atenuar o sublimizar su condición de raza oprimida. Aquiles Escalante y Rogerio Velásquez han recopilado considerable material de este género.

Resulta evidente que la integración de un mulataje homogéneo en esta zona del Pacífico colombiano es mucho más lenta que la de la costa norte, etnológica y culturalmente más dinámica. Factor no

despreciable en la explicación de este fenómeno son las condiciones de salubridad ventajosas para la zona norte —mejor ubicada en sus comunicaciones— y completamente precarias en el litoral Pacífico. Poderosos determinantes económicos, como son la ausencia de agricultura y ganadería, reemplazadas por una minería de explotación foránea, mantienen a la zona en un status de subdesarrollo en todos los órdenes.